

haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél había oído; y así, le dijo: "Valeroso caballero: no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podría ser que, en estos tropiezos, vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres." Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas á los lados. Al ruido, volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual, en llegando á él, dijo: "En tu busca venia, ¡oh valeroso Roque! para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ó, á lo menos, se llamaba no há dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Víome, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y, por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á Don Vicente, obra de una legua de aquí, y, sin ponerme á dar quejas ni á oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas; y, á lo que creo, le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en su sangre, saliese mi honra. Allí le dejo, entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte, para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quién viva, y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, por que los muchos de Don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza." Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dijo: "Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo; que, despues, veremos lo que mas te importare." Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: "No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á

buscar á ese caballero, y, muerto ó vivo, le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.—Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y, si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera." Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió; y, mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habían quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habían estado alojados, y luego se partió con Claudia, á toda priesa, á buscar al herido ó muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recién derramada sangre; pero, tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debía de ser Don Vicente, á quien sus criados, ó muerto ó vivo, llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que, como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á Don Vicente en los brazos de sus criados, á quien, con cansada y debilitada voz, rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojárónse de los caballos, Claudia y Roque; llegaron á él; temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de Don Vicente; y así, entre enternecida y rigurosa, se llegó á él, y, asiéndole de las manos, le dijo: "Si tú me dieras estas, conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso." Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y, conociendo á Claudia, le dijo: "Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamás quise ni supe ofenderte.—Luego ¿no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balbastro?—No, por cierto, respondió Don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que, zelosa, me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y, para asegurarte desta verdad, aprieta la mano, y recíbeme por esposo, si quisieres; que no tengo otra mayor satisfaccion qué darte del agravio que piensas que de mí has recibido." Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazón de manera, que, sobre la sangre y pecho de Don Vicente, se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo Don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor

y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. "¡Oh cruel é inconsiderada mujer! decía; ¡con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los zelos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del tálamo á la sepultura!" Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de Don Vicente, que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque, que queria irse á un monasterio donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor Esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito; ofreció de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de Don Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia, en ninguna manera; y, agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél, llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. Pero ¡qué mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos! Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á Don Quijote, entre ellos, sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que, los suyos, del rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. "¡Qué es lo que dices, hombre, dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales!—Así es, dijo Don Quijote; pero estímalo mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió." Mandóselos volver al punto Roque Guinart; y, mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado; y, haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote: "Si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos." Á lo que dijo Sancho: "Segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones." Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho si Roque Guinart

no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó, en esto, uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas, por los caminos, para ver la gente que por ellos venia y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: "Señor: no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente." Á lo que respondió Roque: "¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos?—No, sino de los que buscamos, respondió el escudero.—Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno." Hiciéronlo así; y, quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian; y en este entretanto, dijo Roque á Don Quijote: "Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra; nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso, que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él, no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo, de mi natural, soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hánse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas, tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro." Admirado quedó Don Quijote, de oír hablar á Roque tan buenas y concertadas razones; porque él se pensaba que, entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltar, no podia haber alguno que tuviese buen discurso; y respondióle: "Señor Roque: el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y mas, que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples; y, pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que, tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo." Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron, en esto, los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis